

EL FOMENTO LITERARIO.

REVISTA SEMANAL.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.

Un mes. 4 reales.

PROVINCIAS.

Un mes. 5 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. Librería de La Publicidad, Pasaje de Matheu.—De Cuesta, calle de Carretas.—De la Vinda de Vazquez, calle Ancha.—En la Administración, Jacometrezo, 72.

EN PROVINCIAS. Por carta á la Administración, Jacometrezo, 72, dirigida al director, pagando en sellos de franqueo, siempre adelantado.

Se publica los días 4, 11, 18 y 25 de cada mes.

SUMARIO.

Comunicado.—El Trabajo, por don Lesmes Sanchez de Castro.—Feijóo, por don Juan Catalina Garcia.—Una flor marchita, por don Francisco Sanchez de Castro.—Florinda, por don Eduardo Ortiz y Casado.—Sa valor Rosa, por don Ramon Garcia Sanchez.—A Flora, por...—Un día de emociones, por don Ricardo de Sist de Leaniz.

Con un dolor fácil de comprender, damos cabida á continuacion á la inesperada carta de nuestro querido amigo al par que apreciado director, D. Eduardo Ortiz y Casado. Nada añadimos, ningun comentario hacemos, pues su sola lectura basta para hacer comprender la penosa impresion que en nosotros ha producido.

«MADRID 15 de diciembre de 1864.

Señores redactores de EL FOMENTO LITERARIO.

Mis queridos amigos y compañeros: Con honda tristeza, con profundo sentimiento, os dirijo estas líneas, hijas del más detenido y sério exámen.

Un incidente inesperado ocurrido en el seno de mi familia me prohíbe, con intenso dolor de mi corazón, continuar acompañándoos en vuestros nobles trabajos, en vuestros trabajos periodísticos.

Si, amigos míos, mi determinacion es irrevocable por lo mismo que es hija del deber. Si no fuera por tal y tan fundada razon como la que ahora no me es dado mencionar, ¿habría de abandonaros en un camino que yo mismo os animé á emprender? No, queridos compañeros, no es ese mi carácter, yo hubiese siempre continuado en el honroso puesto, que sin merecerlo ocupó en esa Redaccion y hubiese sacrificado todo, si necesario era, para la existencia y prosperidad de nuestra Revista.

Pero si sentimiento me causa separarme de vosotros, tengo el consuelo de que continuareis por la senda que con tanto acierto, por vuestra parte, emprendimos unidos.

¿Qué vale mi pobre pluma en comparacion de las inspiradas que quedan en vuestro seno?

Yo os traspaso los derechos que pudiera tener sobre EL FOMENTO, seguidme contando como su más ardiente defensor, y mandad como gustéis siempre á este vuestro verdadero amigo

EDUARDO ORTIZ Y CASADO.»

EL TRABAJO.

Hay en la humanidad una necesidad tan noble, tan benéfica, tan grande, que no siendo más que un deber, se le ha dado y se da generalmente el nombre de virtud.

Esta virtud, este deber, esta necesidad, es el trabajo. El trabajo, fuente de todo bien, manantial inagotable de prosperidad y de riqueza.

Condenado el hombre por la culpa á ganar el sustento con el sudor de su frente; dueño, rey absoluto de un mundo, de una naturaleza siempre rica en frutos; dotado de una inteligencia en la que se refleja como un rayo, como una chispa de la inteligencia divina y que le da un poder inmenso sobre la creacion entera; adornado de unos órganos los más perfectos, los más admirables para el desenvolvimiento de sus concepciones, de sus ideas, no cumpliría su destino, no llenaría su fin, si esos órganos, si ese poder, si esa inteligencia no los emplease constantemente, si yaciendo en la indolencia no trabajara no profundizara más y más cada vez esa mina nunca suficientemente explotada, que la naturaleza le ofrece.

Sin el trabajo sería imposible el adelanto en las ciencias y las artes; sin adelantos en las ciencias y las artes sería imposible la civilización y el progreso; sin progreso y sin civilización sería imposible la humanidad; no sería humanidad, porque el que dice humanidad dice razón; el que dice razón dice inteligencia; el que dice inteligencia dice progreso; ley, aspiración constante del hombre; resultado inmediato del trabajo considerado en todas sus esferas, en todas sus múltiples y variadas manifestaciones.

Empero, para que el trabajo sea verdaderamente productivo, es necesario que sea constante; la constancia es el carácter distintivo del trabajo; más aun, es el trabajo mismo.

Nace el hombre, y con él la ciencia, y apenas tiene edad para ello, comienza á trabajar; mas demasiado débil, de vida demasiado corta, apenas pasa la mañana en que empezara su tarea le sorprende la noche de la muerte, y su trabajo queda sin concluir. Pero á un hombre sucede otro hombre, á un pueblo otro pueblo, á una generación otra generación, que aprovechándose, asíéndose á las comenzadas obras de las pasadas gentes, las continúa y hacina piedra sobre piedra al majestuoso interminable edificio de la civilización, cuyos cimientos comenzaron con el hombre mismo.

Si cada hombre, si cada pueblo, si cada generación, en vez de trabajar con constancia, con una idea, con un pensamiento fijo, deshiciera hoy lo que ayer encontró hecho, y emprendiese mañana un trabajo que más tarde había de ser desechado á su vez, la humanidad inconstante, caminando siempre sobre ruinas, no podría dar un paso en el camino de la perfección.

Cierto que muchas veces el hombre tiene necesidad de desecharse un trabajo preexistente; pero aquel trabajo sería de errores, y los errores no merecen el nombre de ciencia, porque la ciencia es la verdad.

Los errores podrán contribuir, y contribuyen indudablemente, de una manera indirecta, al adelanto de las ciencias, por cuanto la verdad tiene que trabajar denodadamente para vencerlos, y sabido es que de la lucha sale la luz, porque la discusión es como el crisol en donde se purifican las ideas, y que cuanto mayores son los obstáculos que hay que vencer, mayores son las fuerzas que se emplean, y más glorioso es el triunfo; mas no por eso diremos que se puede progresar verdaderamente sobre el error.

Seis mil años hace que el mundo existe, y desde ese tiempo el vapor y la electricidad gozan de las propiedades, de la fuerza inmensa, de la benéfica aplicación que el siglo XIX ha tenido la gloria de conocer; y sin embargo, hasta hoy no han sido halladas, hasta hoy no han sido sorprendidas: han sido necesarios esos seis mil años, ó por lo menos muchos cientos de años para tan gigantesca conquista; conquista que no se hubiera llevado á cabo sin el constante trabajo en el adelanto de las ciencias físico-químicas.

¡Y en verdad que bajo este punto de vista el siglo XIX puede gloriarse de su suerte, pero no el hombre del siglo XIX!

Si de la consideración general del trabajo como palanca que empuja la humanidad en su triunfal carrera, descendemos ahora á observarle en el individuo, ¡qué bienes, qué beneficios no hallaremos también en él!

Aunque solo sirviera para oponerse á la ociosidad, el trabajo sería una acción noble, digna, eminentemente social; porque la pereza engendra todos los vicios y el hombre perezoso es un sér degradado, que las más veces le arrastra alcrimen, porque la ociosidad es el primer peldaño de esa triste escala.

Pero aun son otros los fines del trabajo; el trabajo tiende á realizar y realiza la satisfacción de las necesidades, el perfeccionamiento del hombre y su felicidad. pues

si bien en la tierra no hay ni puede haber felicidad absoluta para el hombre, porque esa solo existe en Dios, su causa, su centro y su fin, hay felicidad relativa por lo mismo que hay perfeccionamiento; porque el hombre se perfecciona física, intelectual y moralmente.

¡Adelante! ¡adelante! es la aspiración, es la misión, es el grito constante de la humanidad, y esa misión y esa aspiración y ese grito eterno es lo que realiza el trabajo.

Trabajad, trabajemos todos con fe y con constancia, que con constancia y con fe nada hay posible que no se consiga. Pitágoras y Arquímedes no hubieran nunca resuelto sus problemas inmortales sin su constancia admirable. Sin la fe religiosa de Isabel I, sin el empeño heroico de Colón no se hubiera llevado á cabo la misión más benéfica que registran los anales de la humanidad.

¡Honor, gloria al trabajo! ¡Honor, gloria á sus hijos! Porque los hijos del trabajo son hijos de la honradez, que la humanidad respeta y admira y Dios bendice.

LESMES SANCHEZ DE CASTRO.

FEIJÓO.

La ignorancia, las preocupaciones y el abandono de las letras, sucedieron en la primera mitad del siglo XVIII á las glorias que á España dieran escritores eminentes. Apenas se escribía otra cosa que libros insulsos donde nada útil se trataba, ó poesías extravagantes donde malamente se pretendía imitar á los poetas gongorinos.

Apareció entonces un benedictino que, verdadero astro en la ciencia, esparció la luz de la discusión sobre las más áridas materias y penetró con el escabello de su profundo juicio y sana crítica en las entrañas entonces inviolables de determinadas cuestiones.

Este hombre «superior á los más y nada inferior á los mejores de su siglo» se llamó *Benito Gerónimo Feijóo*, y nació, para honra y lustre de su patria, en un pequeño pueblo de Galicia en 1676.

Bien pronto para salvar su virtud de los peligros del mundo y entregarse todo entero al estudio, objeto de sus afanes, tomó el hábito religioso de San

Benito; probando en el curso de su vida la verdad de su vocación por la pureza de costumbres é ideas religiosas que tan respetable le hicieron.

En sus extensos y profundos estudios había medido Feijóo la gran distancia que en punto á ilustración separaba á España de las demás naciones cultas, en particular de Francia, y queriendo acortar esta distancia publicó su obra más notable, el *Teatro Crítico*, para estender á todas las clases sociales algunos conocimientos poco cultivados.

Pero lo que principalmente se propuso en esta publicación fué destruir los errores más comunes y graves, estendidos aun á clarísimos ingenios; así, en los ciento diez y siete discursos de que se compone, procura con gran esfuerzo el fin ya dicho de arrancar de raíz del suelo intelectual español preocupaciones admitidas y aun algunas cubiertas con escudos sagrados.

En los cinco tomos de *Cartas eruditas* continúa, como él dice, el mismo designio de impugnar ó reducir á dudosas opiniones comunes y admitidas, pero falsas, haciéndolo con una energía y despreocupación tales que parece, al ver el modo con que trata la nigromancia y supuestos milagros, que leemos, no un libro de aquella época, sino el de un folletista de nuestros días.

El método usado por Feijóo es por lo común claro y exacto con rigor, la erudición que muestra, una de las dotes que más mérito le dan, es asombrosa, su lógica es recta é inflexible, esclareciéndose ante ella dudas al parecer muy fundadas; siendo lo más extraño que trate con igual acierto y claridad todos los asuntos, mostrándose él mismo, ya hable de medicina, ya de matemáticas, ya de fisiología; de modo que sus obras están llenas de saber, de luz y de recta crítica.

Diverso efecto produjo la aparición del Teatro; en nombre de falsas creencias, de establecidas aunque erradas doctrinas, se levantaron muchos escritores, y no sin talento, y teniendo de su parte al principio la mayoría del público, le combatieron fuertemente, calificándole con severidad por sus atrevidas innovaciones y llevaron su censura hasta la persona del ilustre fraile.

Pero este y sus amigos destruyeron los argumentos del Anti-Teatro del sabio Mañer y de otra multitud de escritos de menor importancia.

Saludable resultado produjo esta guerra científica, pues además de ser hijos suyos más de cuarenta libros dignos de mención, publicados en pro y en contra del de Feijóo, produjo excitación provechosa en todos los ánimos en favor del estudio y de la discusión. Llegó á ser la lucha tan apasionada que el rey D. Fernando VI queriendo terminarla, por ver con disgusto los ataques personales, espidió una orden terminante para poner á cubierto la obra y el autor

á quienes tanto honrara con su aprecio y distinciones.

Otras producciones más publicó nuestro benedictino, pero son de escaso mérito é interés por su asunto y por su modo de tratarlo; y sus poesías apenas merecen nuestra atención, por más que prueben su fecundidad literaria.

No sé quién ha dicho que Feijóo es digno de una estatua, pero también de que sus obras se quemaran al pié de ella.

En este caso, podíamos con igual razón pedir lo mismo para la generalidad de los autores que han venido ilustrando á la humanidad hasta el presente siglo, pues que ya sus libros no son de completa aplicación, merced á los adelantos modernos.

Ni Hipócrates merecería una corona, ni Torres Naharro un solo recuerdo.

Aunque admiradores de Feijóo, reconocemos que su estilo no es superior, literariamente considerado; que no es original en gran parte de sus estudios; que efecto de la continua lectura de obras francesas, incurre á cada paso en galicismos y giros impropios á la lengua castellana; que fué injusta su prevención ó desamor al idioma griego; que trató con libertad ciertos asuntos, y algun otro defecto.

Pero la mala impresión que esto produzca en algunos delicados gustos es bien pronto borrada por la gloria que le dan su erudición inmensa, el haber formado una verdadera enciclopedia destinada á ilustrar en puntos desconocidos á la mayoría de sus lectores, y haber inserto en ella multitud de adelantos y conocimientos de que apenas se tenía noticia en España y sobre todo por haber realizado casi por completo su designio de desterrar para siempre muchas preocupaciones que recibían ciego asentimiento, y no combatidas hasta el frente á frente y con resultado.

JUAN CATALINA GARCÍA.

UNA FLOR MARCHITA.

¡Descansa en paz! ¡Ojalá hayas encontrado en el cielo el amor que en la tierra te faltaba!!!

El llanto resuena con triste armonía,
El triste poeta que pulse el laúd,
La flor misteriosa de dulce alegría
Marchita ya duerme so el negro ataúd...

Perdió sus encantos, perdió su hermosura,
Sus bellos hechizos, su nítido albor,
La flor misteriosa con honda amargura,
Ya muere infelice, ya muere de amor.

Un tiempo soñara feliz á sus ojos
Gozar venturosa de mágico eden,
Y hoy solo la brindan espinas y abrojos
Y en duro desierto sus galas se ven.

Un tiempo halagada del aura sonora
Sus pétalos tiernos alzaba gentil,
Bañóla en su llanto la cándida aurora,
Sus dones risueños la daba el abril.

Su sueño arrullaba la lánguija fuente
Besando su tallo su claro raudal,
La flor venturosa se alzaba inocente
Mirando sus gracias en terso cristal.

¡Ay!... ¡Qué dulces eran sus frescas mañanas!
¡Qué bello alumbraba su fulgido sol!
¡Qué hermosa crecía, qué pura y lozana,
Qué alegre ostentaba su claro arrebol!

Mas ¡ay! ya nublóse su frente serena
Su dicha fué sombra, quimera tal vez,
Marchita se mira doliente azucena
Sin olor su cáliz, sin brillo su tez.

¡Ay... flor desdichada! un tiempo tan bella,
Un tiempo gallarda en rico jardín,
Un tiempo luciendo brillante su estrella,
Un tiempo gozando venturas sin fin.

Y ya ni los valles, ni el aura sonora,
Ni mansa corriente de dulce arrullar,
Ni el prado, ni el cielo, ni el sol, ni la aurora
Su amargo tormento podrán consolar.

¡Ay triste! ¿Pensaste hallar la alegría?
¿Pensaste en un sueño buscar el placer?
Mujer desdichada... horrible agonía,
Te ofrecen tan solo las dichas de ayer...

Verted tierno llanto; pulsad vuestra lira,
Dolientes poetas, con triste dolor,
Perdió su esperanza, la hermosa ya espira,
La virgen incauta se muere de amor.

F. S. DE CASTRO.

FLORINDA. (I)

EPISODIO HISTÓRICO

POR EDUARDO ORTIZ Y CASADO.

(CONCLUSION.)

VI.

Estamos en Ceuta. En una rica cámara se encuentra un guerrero de duro y franco porte, conversando con un escudero, en cuyo pecho se ostenta un noble blason rematado por una corona conal.

—¿Habeis dicho á vuestro señor que le espera un mensajero de don Pelayo?—dice el hombre de armas.

(1) Por las razones que en la primera plana expusimos, hemos tenido que abreviar esta narración con objeto de no dejarla incompleta, lo cual nos parecía peor.
(El autor)

—Así se lo he anunciado,—repite el interpelado,—y me ha encargado que os conduzca aquí y que esperéis á que os llamen.

—Está bien; esperaré.

En aquel momento se abre una puerta y otro escudero grita:

—Pase el emisario de la Península.

Y el armado guerrero atraviesa unas cuantas cámaras precedido del escudero, el cual por fin alzando un tapiz anuncia su llegada con voz clara y respetuosa, al propio tiempo que penetra el mensajero.

Dando cortos paseos se halla en aquel salón el conde don Julian, gobernador á la sazón de Ceuta.

—Leulis,—dice al escudero al ver entrar al enviado,—cierra bien. Que nadie nos interrumpa. Bien venido seáis,—añade contestando al saludo del recién llegado y sin darle tiempo á hablar.—Entregadme el mensaje de vuestro noble señor.

—Aquí le teneis,—contesta el interpelado.

Avidamente coje el conde el pergamino, y desenvolviéndolo principia á leerlo. No bien su vista recorre unas cuantas líneas, una mortal palidez cubre su rostro, su mano crispada arruga el pergamino, y de sus labios se escapa una espresion de cólera. Mas reponiéndose, esclama con voz broncea y nerviosa dirigiéndose al portador:

—Salud, y esperad fuera mi contestacion.

Lo cual es ejecutado por este sin pronunciar palabra.

No bien la puerta se vuelve á cerrar, el conde se deja llevar de su furor. Primero su rostro se pone sanguinolento, sus ojos desencajados brillan con fuego siniestro, sus manos se crispan, y recorre cual un demente la cámara lanzando imprecaciones. Mas poco despues, una palidez mortal invade su rostro, el fuego de sus pupilas se apaga, y sus miembros desfallecen hasta el punto de obligarle á caer desvanecido sobre un sitio.

—¡Oh!—murmura reponiéndose:—leámoslo, leámoslo con calma:—«Al conde don Julian.—Señor: Tengo que comunicaros una horrible desgracia que á un hombre de valor como vos se debe exponer claramente. No se piden lágrimas de mujer, se pide venganza propia de hombres. Vuestra hija, mi prometida esposa, la hermosa Florinda, seducida por el miserable Rodrigo, por ese Rey indigno, en un momento de fascinacion ha mancillado vuestra honra, el honor de vuestro puro linaje. No es á una hija culpable, ni á una amante perjura, sino á un vil seductor al que debemos pedir cuenta de nuestro honor, pues que el honor vuestro era mio en cuanto iba á ser su esposo y vuestro hijo.

»Señor; he tenido valor para verla despues... y... ¡qué escena! ¡qué escena! Ella me ha confiado que

tuvo una fascinacion, una locura, motivada por los mil y perversos modos que el Rey empleó contra su inocencia; y que á pesar de todo nunca dejó de amarme. Imposible os parecerá esto como á mí, señor, mas ¡lo decia con tal pasion! ¡habia tal verdad en sus palabras!... Y luego, amándola como la amé... y... como la amo, sí, como la amo aún.

»Yo la diriji palabras de consuelo, mas pensando en su... desgracia, no la dí á conocer que aún la amaba. Esto nunca tendré la debilidad de confesárselo.

»Es cruel, mas necesario... ¡Harto castigo es para ella; creedme!

»Mas pensad: pensemos en nuestra venganza; pensemos una terrible venganza. La venganza y despues la muerte. Mandad, y os obedeceré.—Don PELAYO.»

—¡Oh! sí, sí, venganza y... espantosa,—esclamó don Julian con risa feroz despues de unos instantes de reflexion.

VII.

Conocida es de todos esta triste venganza. El conde don Julian quiso vengarse de un hombre y sacrificó una nacion entera.

La batalla del Guadalete destruyó la Monarquía española, que tardó muchos siglos en volver á reconstituirse. ¡Cuánta sangre derramada por una sola venganza! ¡Cuán retrasada la marcha de una civilizacion, efecto de esas guerras!... ¡Cuán terribles son siempre los frutos de la venganza!

En el dia anterior á la desgraciada batalla, un joven y noble ginete se dirige á la tienda real en el momento de salir de ella el Rey con los principales capitanes. Un grito se escapa del pecho del Monarca.

—¡Pelayo!—esclama.

—Sí,—contestó el joven con voz conmovida.—Pelayo que no quiere asociarse á una venganza que redunde en perjuicio de su querida patria. Pelayo que olvida todo tratándose de la España.

—¡Oh noble primo!—le dice el Rey con acento contrito.—¡Perdon, perdon por lo que te he hecho sufrir!

—Contad con un fiel soldado, señor,—replica don Pelayo;—mas no traigais á la memoria hechos que tanto hago por olvidar.

—Mas tu perdon, Pelayo, tu perdon.

—Nada recuerdo de lo pasado, señor,—contesta únicamente éste.

Sabido por demás es el importante papel que desempeña don Pelayo en la historia. No debemos, pues, decir nada sobre ello. Igualmente nos conduciremos con respecto á don Rodrigo, del cual nada

se sabe de positivo; no queriendo admitir opiniones que por falta de espacio no podemos desarrollar tampoco.

VIII.

En el mismo día de la batalla una joven toma el hábito de religiosa. Al pronunciar los solemnes votos lanza un suspiro en que vá envuelto el nombre de *Pelayo*. Es Florinda, la desgraciada Florinda, que lanza del pecho la última esperanza mundana.

SALVATOR ROSA.

I.

Al Oeste de la rica y hermosa ciudad de Nápoles se encuentra el pequeño pueblo de Arenella, notable por su grandioso convento y por ser la patria de este inmortal pintor. Contrasta en gran manera el monasterio por su magnificencia y solidez con las infinitas y pequeñas cabañas que se encuentran do quiera se tienda la vista. Entre estas descollaba por los años de 1600 una, si bien pobre y humilde como las demás, de grandes dimensiones y llamada la *Casaccia* y que á causa del tiempo estaba medio derruida. En ella nació nuestro héroe de padres humildes, pero honrados en extremo.

Ya hacía tiempo que Antonio y su esposa Giulia (pues tales eran los nombres de sus padres), pedían á Dios fervorosamente les concediese un hijo, y el año 1615 nació Salvator, colmándoles de alegría, pues para ellos su nacimiento era una bendición del cielo. Sin embargo, ¡cuánto se equivocaban! Salvator Rosa había de engrandecer su patria con su nombre y ocupar los espacios su notabilísimo ingenio, pero á la vez había de dar amargos días á sus padres y llenarlos de luto y consternación.

Su educación fué esmerada, pues sus padres solo ambicionaban dotarle de una carrera que algun día le diera nombre y gloria, y para esto sacrificaban todos sus intereses. Mas él dejando sus estudios y abandonando la teología á que se había dedicado, solo se recreaba en correr por los valles y cruzar las montañas, entonando al son de su inspirado laúd, trovas llenas de ardor y entusiasmo.

Era un niño y ya se le buscaba por todas partes, pues sus composiciones se habían popularizado tanto, que todos le conocían como insigne poeta y excelente músico. Además reunía á estas cualidades el genio de pintor, y las paredes de su casa estaban cubiertas de innumerables bocetos. Su maestro era la naturaleza; y las elevadas montañas, las pintorescas campiñas, las imponentes cascadas y los frondosos valles de Italia, eran la fuente donde él bebía tantas y tan brillantes inspiraciones. Las ruinas de la *Pulla* y de la *Calabria*, las grutas de *Peliquano* y los escabrosos picos del monte *Gar-*

gano, fueron sus modelos, y como pitor, músico y poeta, su nombre corrió de boca en boca como el de un genio inspirado. Sin embargo, necesitaba tener algunos maestros que le perfeccionasen en su estudio, y estos fueron *Miguel Angel* y el *Ticiano*.

A los diez y ocho años se escapó de Nápoles, la ciudad de sus ensueños y de sus ilusiones más gratas, y al cruzar los escollos de San Vito, cayó en poder de una cuadrilla de aventureros.

II.

Triste página que hace olvidar por un momento la historia del gran pintor. Asociado con sus opresores tomó parte en los peligros de una vida aventurera. Mas este estado fué como una ligera nubecilla que empaña por un momento la luz pura y radiante del sol, para hacer que luego luzca con más fuerza y esplendor.

Si Salvator formó parte de una cuadrilla de salteadores, debe tenerse en cuenta que estos eran solo bandidos enemigos de los extranjeros, y que en cierto modo peleaban por la independencia de su patria. Pero al fin, reconociendo su deber olvidado, dejó una vida tan turbulenta para entrar en los talleres del gran maestro español Rivera, merced á la amistad que tenía con el reputado artista *Andrea Yalcone*. Pasado algun tiempo se trasladó á Roma y allí empezó á alcanzar cierta fama por sus cuadros *La Incredulidad de Santo Tomás* y el del altar mayor de la iglesia *Della morte*.

Generalmente al genio acompaña la pobreza, y Salvator por desgracia no lo desmintió. Sus cuadros al poco tiempo fueron olvidados y por premio solo encontró su miseria, teniendo que ir á un hospital á causa de la malaria y de unas calenturas que le dejaron sin fuerzas para resistir á su enfermedad. Allí compuso sin duda su famosa cantata que le valió un aplauso general.

Apenas salió del hospital se dirigió otra vez á Nápoles, y olvidando por breves momentos sus inspirados pinceles se dedicó al teatro; en el carnaval de 1639 se hizo célebre por sus farsas, y sus mordaces epigramas y sus punzantes sátiras. Desde entonces su casa fué el centro de reunión de todos los hombres de talento, y sus salones se abrieron al genio artístico, reuniéndose en ellos los principales señores de Italia. Poco despues pintó sus famosos cuadros *La bruja*, *La Asuncion*, *El hijo pródigo*, *La muerte de Sócrates* y el *Purgatorio*: todos estos cuadros los vendió al precio que quiso y con ellos alcanzó la fama que hoy le dedica la posteridad.

III.

Salvator quería ser útil á su patria, y él creía que de ningún modo podía serlo mas que peleando por

ella y vertiendo su sangre en defensa de su libertad. Al efecto se alistó en las banderas de la compañía llamada de la Muerte, y á las órdenes del célebre pescador Masaniello peleó hasta que fueron dispersados todos los artistas que la componían. Para salvar su vida tuvo que huir, y salió una noche de Roma, entrando en Florencia precedido de su fama. En el palacio Pitti lucieron su colorido sus famosos cuadros, y á los tres años tuvo que escapar á riesgo de perder su libertad, despues de haber alcanzado gran gloria con sus bellos paisajes y sus aplaudidos cuadros *El Heráclito* y *el Triunfo de David*.

Volvió á Roma, no con el fuego y el ardor propios de su juventud, sino con su imaginacion debilitada por el trascurso de los tiempos. Sin embargo, antes de morir legó á sus infinitos admiradores su bellissimo y último cuadro *La Pilonisa de Endor*.

Cincuenta años de continuos sacudimientos y de una vida en extremo agitada acabaron con él en 1673 á los 58 años de su edad.

Toda Italia lloró al eminente artista.

Roma vistió de luto por su muerte.

El mundo entero vertió abundosas lágrimas sobre la tumba del inmortal pintor, y á más poeta y músico.

Su nombre quedó grabado en letras de oro.

La posteridad ha sabido juzgarle.

RAMON GARCIA SANCHEZ.

Á FLORA.

¿Ves esas hojas que al impulso impío

Del huracan que brama,
Se desprenden del árbol, y ya secas
Ruedan y desparraman?

¡Ay! Así rodarán por tus desdenes
Las ilusiones gratas,
Que tú hiciste nacer en otro tiempo,
En mi infelice alma.

Goza tu triunfo, impía criatura,
Gózate en mi desgracia;
Tú tambien llorarás, como yo, triste,
Perdidas esperanzas.

Y entonces yo con risa placentera,
Al mirarte angustiada,
Esclamaré: ¿Qué tienes, bella Flora?
¿Perdiste la esperanza?

No juegues con amor, niña querida;
Porque el amor se enfada,
Y á aquel que con desden hiere otro pecho,
Los desdenes le matan.

EL ABATE.

UN DIA DE EMOCIONES.

POR

RICARDO DE SIST.

(CONCLUSION.)

Su blanco cutis y delicadas manos de rosadas uñas, indicaban á primera vista que aquel sér no se hallaba acostumbrado á esa vida vagamunda y azarosa que muchos adoptan por oficio.

Al ver que yo no habia hecho otra cosa durante los segundos que hacia estaba delante de mí, sino contemplarle silenciosamente, me repitió con el mismo tono lastimero que la primera vez: «Caballero, una limosna á este pobre vergonzante;» pero en esto observé que dos gruesas lágrimas se deslizaron por entre sus rubias pestañas, y rodando por sus mejillas cayeron en la mano que me habia tendido. No sé si estas lágrimas serian ocasionadas por el dolor que en su alma sentiria al tener que hacer lo que tal vez consideraba como una vergüenza: implorar la caridad pública. Ante aquella actitud tan dolorosa y silenciosa al par, me sentí tan fuertemente conmovido, que apenas pude impedir que una lágrima rodara por mi rostro. Metí inmediatamente la mano en el bolsillo, y puse en la que me tendia las monedas que llevaba.

Mi corazón hubiera deseado en aquel momento poseer una cantidad de alguna consideracion para poder tener la satisfaccion de entregarla á aquel sér que como yo era jóven, como yo tendria sus aspiraciones; mas esa juventud y esas aspiraciones de nada le servian en la actualidad para aliviar su precaria situación. Mas... ¿por ventura es solo el alimento material lo que el desgraciado necesita? No ciertamente; pues ocasiones hay, y tal vez sean las más, en que le es aun más provechoso el alimento moral; es decir, el consuelo, que cayendo sobre el corazón dolorido, como gotas de bálsamo benéfico, mitiga los pesares ó los hace más llevaderos. Pues si esto sabia yo, ¿no era lógico y natural que deseára proporcionar algun consuelo á aquel sér que ante mí se hallaba, cuyo nombre no conocia, cuyos antecedentes ignoraba, pero cuya cara era tan simpática y denotaba tanto sufrimiento? Ciertamente que sí; mas si en vez de conseguirlo no obtenia otro resultado que apenar su mente con dolorosos recuerdos, ¿no era preferible dejar que abandonara estos en el quietismo silencioso del olvido? Pero mi mente ardía en deseos de saber la causa que obligaba á aquel sér tan jóven á pedir limosna. Así es que ansioso de entablar conversacion con él, le pregunté si tenia algun inconveniente en relatarle la causa de hallarse en tal estado. Me dijo que no tenia inconveniente, y empezó su relacion diciéndome que era hijo de un desgraciado artista, el cual á consecuencia de grandes disgustos, origi-

nados unos por pérdidas de intereses, y otros por pérdidas también mas no materiales, sino de esas que ejercen tan deplorables efectos sobre la naturaleza del sér que las experimenta, pues habia tenido la desgracia de que su única hija llamada Isabel, le habia sido arrebatada por un seductor, y de la cual no habia tenido ninguna noticia desde que huyó del hogar paterno; á consecuencia, pues, de estos disgustos habia muerto. Su madre en la actualidad se hallaba enferma, á causa de sus desvelos para proporcionar sustento é instrucción á su hijo, y éste, sin proteccion alguna y dotado de una naturaleza sumamente delicada, se veía obligado á implorar la caridad para proporcionar medios de subsistencia á su amada madre. Marchóse á poco de haber estado un rato conversando, despues que me hubo expuesto la causa de su desgracia, y despues de haber procurado, cual me habia propuesto, proporcionarle algun consuelo.

Apenas me quedé solo, comencé á pensar en el lamentable estado en que la familia de aquel desgraciado se hallaba sumida. ¡Qué cuadro más desolador presentaría el hijo sufriendo por esas calles toda clase de privaciones, la hermana deshonrada y la madre enferma! ¡Y sin un auxilio! ¡Y sin que la alegre sociedad les dirigiera siquiera una mirada de compasion!

II.

Haría un cuarto de hora que me hallaba sumido en cierta especie de meditacion, cuando el ruido ocasionado por las pisadas de dos personas que venian por el mismo paseo en que me hallaba, llamaron mi atencion. Al momento reparé que eran dos señoras, que hacía mi se dirigian, no obstante que aun no las habia visto. Eran una señora de edad y una jóven, la primera tendria unos 50 años é iba vestida con cierta afectada elegancia, revelando sus modales no haber recibido una muy esmerada educacion. En cuanto á la jóven que la acompañaba, no sé qué decir para ponderar su hermosura, pues todo cuanto diga parecerá poco, pero para poder hacer que mis lectores se formen una idea, delinearé en cuatro rasgos su belleza: tendria unos 17 años, su estatura elevada, su frente se asemejaba á la frezca azucena y se hallaba adornada con una magnífica, rubia y abundosa cabellera, sus ojos negros, de mirar apasionado, enloquecian; su linda boca se asemejaba á la fragante flor de roja corola; sus dientes asemejaban dos hileras de perlas pequeñas é iguales, casi transparentes; su cintura estrecha parecia el flexible tallo de palmera esbelta; su pequeño pié preciosamente calzado, su... mas ¿qué hémos de decir que pueda igualar á la realidad?... hasta decir que parecia preciosa

produccion del pincel de Zeuxis ó del pincel de Fidias...

Iba vestida con la mayor elegancia, lo cual hacía resaltar más aún sus naturales encantos, y se notaba en ella toda la finura que á su compañera faltaba.

Apenas la hube visto, sentí en mí ese tan citado *no sé qué* que impresiona nuestro corazon de tal manera, que todo lo olvidamos por pensar esclusivamente en el sér que de tal manera ha conseguido trastornarnos. Púseme, pues, á seguirlas, hasta que al fin se dirigieron hácia el patio grande del Retiro, donde las esperaba un elegante landó, tirado por dos magníficos caballos, los cuales, apenas habia el lacayo ocupado su puesto, arrancaron al trote largo.

No me quedaba, pues, más recurso que ó dejar que aquella celeste criatura se marchara y perder toda esperanza de poder volver á verla, ó seguir como un loco corriendo tras el coche, lo cual no me pareció de ninguna manera admisible. Así, pues, me quedé, no sin gran pesar mío, sin poder por entonces saber nada de la mujer que más me habia impresionado de cuantas hasta entonces habia visto. Fuíme, pues, hácia mi casa á paso bastante apresurado, cuando al llegar delante de cierta iglesia presencié la siguiente escena: Estaban dos ciegos, ó que al menos lo parecian, riñendo tan acaloradamente, que apelaron á sus palos para herirse mutuamente, y mientras tanto un corro de gente presenciaba el suceso y nadie, sin duda por temor á un golpe, se atrevia á separar á los combatientes.

Solo un tercer ciego que estaba cercano al lugar de la disputa, se atrevió á llamarles procurando conciliar á aquellas dos fieras, con persuasivas palabras, mas en vano, pues estas no eran escuchadas. Aquella escena me dió compasion, mas no la compasion mezclada de respeto que se siente hácia el desgraciado que sabe conservar su dignidad, sino la compasion del desprecio, que es la única á que son acreedores los seres que de tal manera se prostituyen, los seres que como aquellos pasan el dia macullando oraciones mientras hay quien les pague, pero que se desatan en blasfemas obscenidades apenas son en algo contrariados. La disputa hubiera producido alguna desgracia si no hubiera sido por la oportuna presencia de dos agentes de la autoridad que la terminaron, conduciendo á otro lugar menos público á ambos contendientes.

Alejéme de aquel sitio, y me fuí directamente á mi casa con la mente escitada por las diversas y, al menos para mí, fuertes emociones que en aquella mañana habia experimentado.

Editor responsable: D. FLORENTINO ESTEBAN RODRIGUEZ.

MAURIO: 1901. — Imp. de LA IBERIA, á cargo de J. Rojas, calle de Valverde, 16 y 18.